

## Cucurucho

—¿Eres mi papá?

—No, bonita, no soy tu papá —le contesta él sin más explicaciones.

Sus ojos marrones y dulces lo miran con una mezcla de curiosidad y confusión, con la sábana tapándole hasta la naricilla respingona. La mañana ya clarea y la luz se cuele por los visillos de la ventana. Ella se levanta con dificultad, ayudándose de sus fuertes brazos, todavía un poco desorientada.

Él le cambia el pañal, retira las sábanas mojadas y pone la lavadora, igual que todas las mañanas. La viste y la lleva hasta el sofá, frente a la tele, donde el perrito se tumba a sus pies. Trasto, el fiel *setter* inglés asustadizo y cariñoso que nunca se aparta de su lado salvo para ir a recoger una vieja pelota de goma llena de babas. Mientras tanto, él va a la cocina, prepara dos cafés con leche y coge unas magdalenas de encima del microondas.

—¿Dónde está mamá? —pregunta ella cuando lo ve aparecer con la bandeja del desayuno. Le resulta raro que no haya sido ella quien se lo haya preparado.

—Está en su casa, cariño. Luego la llamamos y la saludas.

Ella medita sobre la respuesta. Es raro, es muy raro que su mamá esté en otra casa. «¿Y si esa otra casa es su casa, entonces, en qué casa estoy? ¿Qué casa es esta?», se pregunta mientras moja la magdalena en el café.

—¿Y Pedro? ¿Dónde está el pequeñín?

—Está en su casa también, con su mujer y sus hijos.

—Entonces, ¿no eres mi papá? —pregunta ella de nuevo, solo para dejarlo claro del todo.

Él no contesta esta vez. Las tres mismas preguntas cada mañana: «¿Dónde está mamá? ¿Y el pequeñín? ¿Eres mi papá?». Y esa es la única que él no se

siente capaz de contestar porque le duele en lo más hondo de su alma. Al principio lo hacía: le contaba que su padre había muerto hace ya casi diez años y le explicaba quién era él. Entonces ella se ponía muy triste y lloraba, porque no se acordaba de que su padre había fallecido.

A la mañana siguiente, lo había olvidado todo.

Y él dejó de contestar.

La mañana da paso al mediodía y bajan a dar un pequeño paseo a la calle. Ella está más centrada, pero camina con dificultad, agarrada siempre de su firme brazo y riéndose de sus bromas. Por fin entran al restaurante del barrio, donde comen a diario el menú de comida casera.

Ernesto se mete con el camarero, chinchándole porque ayer perdió el Real Madrid. También bromea sobre su propio equipo, el Atleti, diciendo que como se lesione otro jugador más, va a tener que salir a jugar él mismo el próximo domingo. «Qué zumbón»

Al subir a casa, un busto parlante da paso a un señor canoso que agita los brazos delante de un gran mapa virtual. Está terminando el telediario.

—Ya están con lo de los milibares —suelta ella, de pronto.

—¿Qué dices, chatina?

—Que no sé por qué dan la presión en milibares —repite, un tanto indignada—. Toda la vida de Dios, la presión se ha medido en milímetros de mercurio.

Él no deja de sorprenderse de la clase de ideas que se engarfan en su cabeza. Por un momento vuelve a ser a la profesora de Química, coqueta y un poco listilla, de la que se enamoró. La madre de su hija. Siempre aprendiendo, siempre leyendo o escuchando la radio, siempre ocupada, nerviosa por las miles de batallas que libraba cada día. En casa, en el instituto... hasta que un día, tres

años atrás, a comienzos de curso, su corazón no lo resistió más y tras una cabalgada demasiado intensa, se desbocó como un caballo exhausto.

Estuvo muerta durante más de diez minutos, o eso les habían dicho los médicos a Ernesto y a su hija en aquel primer día en la UVI, que se le hizo eterno. Las palabras «corazón sincopado», «taquicardia» y «daño cerebral» llegaron para quedarse. Después estuvo en coma y luego fue recuperando, muy poco a poco, algo de su anterior ser. Pero nunca más volvió a ser ella misma. Una vida truncada a los 52 años.

Pasan las horas y, a media tarde, suena el teléfono.

—Hola, caracola —contesta él, con su característico tono burlón—. Bien, aquí estamos. Hoy está un poco más clarita. Vale —se gira—. ¡Es la nena! ¿No quieres hablar con tu hija?

Ella le mira y esboza una sonrisa dulce, pero no contesta y sigue mirando la televisión, embelesada. Él le ha puesto *Hello Dolly*, uno de sus musicales favoritos, y está disfrutando con ese desfile de alegría y canciones como si ella misma fuera cogida del brazo de la viuda Levi con su traje de domingo.

Él la envidia un poco porque siempre que ve la película, lo hace con ojos nuevos. Y porque como a veces se le olvida que está aquí, también se le olvida que no está en esos otros lugares maravillosos y divertidos.

—Hoy no le apetece ponerse —le dice a su hija—. ¿Qué tal, haciéndole la cena al enano? ¿Cómo está el pequeñín?

Antes de ir a dormir, ella le pide ir al baño. Le contempla pensativa mientras él le baja las bragas de gasa que sujetan el pañal con la maestría y precisión que solo da la costumbre. A última hora ya no está tan confusa, es vagamente

consciente de quién es y se da plena cuenta de la situación: «Ernesto me está cambiando los pañales.»

Busca una frase pero no le sale y, cuando la sienta en la taza, él puede leer en su cara cómo una idea se retuerce por las esquinas de su mente, jugando al escondite con su maltratada consciencia. Esa frase que busca es una mezcla de «Lo siento» y «Gracias», pero ninguna de las dos logra aflorar a la superficie, como una burbuja que se topa con la gruesa corteza de un lago helado.

Él la ve atascada, presa de su memoria una vez más y le dice la palabra mágica que le proporcionará una vía de escape.

—¡Cucurucho!

—Te quiero mucho —se ríe ella, aliviada, y se dan un besito.

—Y yo a ti, bonita.

¡Siempre!

**Laura Blanco Villalba**